

# El cuento de la rosa marchita

por Emili Teixidor

**N**o hace mucho tiempo un profesor del colegio nos encargó, como trabajo para casa, la redacción de un cuento. Un folio como mínimo. Máximo, dos. Nos dio una semana de tiempo para presentar el *trabajo*. ¿Cómo puede considerarse *trabajo* un cuento?, protestamos los protestones de siempre, y como siempre el profesor no nos hizo ningún caso.

El primer día pasó sin acordarme para nada del encargo. El segundo, comenzó a aparecer, en la lejanía del cerebro, la comezón de escribir un cuento. El tercero, la comezón se quedó en eso, en una ligera picazón del cerebro y de ella no surgió nada. El cuarto, empezó la preocupación por si no se me acudía nada. El quinto, probé de sentarme ante una hoja de papel en blanco con una pluma en la mano, pero no me salieron más que garabatos y dibujitos para distraerme. El sexto, sonó la alarma y decidí, a regañadientes, consultar con mi madre.

Como quien no quiere la cosa, me acerqué a la cocina —existen madres, sobre todo en los cuentos, que no salen jamás de la cocina—, para decirle si se acordaba de alguno de los cuentos que le había contado la abuela y que ella nos repetía —indicando siempre la procedencia— en los primeros años de nuestra infancia a mí y a mis hermanos.

Mi madre se extrañó muchísimo de mi curiosidad, y me dijo, en resumen —porque las madres hablan mucho cuando se trata de la infancia, de las abuelas y de los cuentos—, que no se acordaba de ninguno porque los cuentos son sólo para ocasiones especiales, la infancia, por ejemplo, o la convalecencia, o la noche de Navidad o de Reyes, o incluso un cumpleaños si se cumplen pocos, pero que pasadas esas ocasiones, los cuentos se olvidan.

El séptimo y último día no tuve más remedio que volver a la cocina y confesar a mi madre que necesitaba un cuento para una ocasión especial, muy especial. Se trataba de una prueba de vida o muerte —de vida o muerte escolar, claro—, y eso la impresionó. Dijo que precisamente para esos trances se han hecho los cuentos, para ayudarnos a superar las pruebas importantes. Y añadió, con mucho énfasis, que en todas las encrucijadas de la vida hay un cuento que nos indica en forma de misterio o de acertijo la dirección a seguir.

¿Dónde está el cuento —pregunté yo— que me espera para superar la encrucijada del examen de mañana? Y mi madre me indicó un viejo armario en donde —¿recuerdas?— la abuela guardaba los viejos libros de donde sacaba sus bellas y emocionantes historias.

Acudí al viejo armario que —¡ay!—

no había vuelto a abrirse desde la infancia y me encontré con un intenso perfume de papel viejo. Pero al coger el primer libro —¡ay!— las páginas se deshicieron como serrín en mis manos. Las polillas de los libros, las hormigas devoradoras de cuentos, las termitas de las bibliotecas, habían dejado los libros convertidos en cadáveres de papel, inservibles. Cada libro que cogía quedaba convertido en un montón de polvo. Sólo se salvaban unos trozos de papel, con una frase o un dibujo, y aún la mayoría de las veces, incompletos.

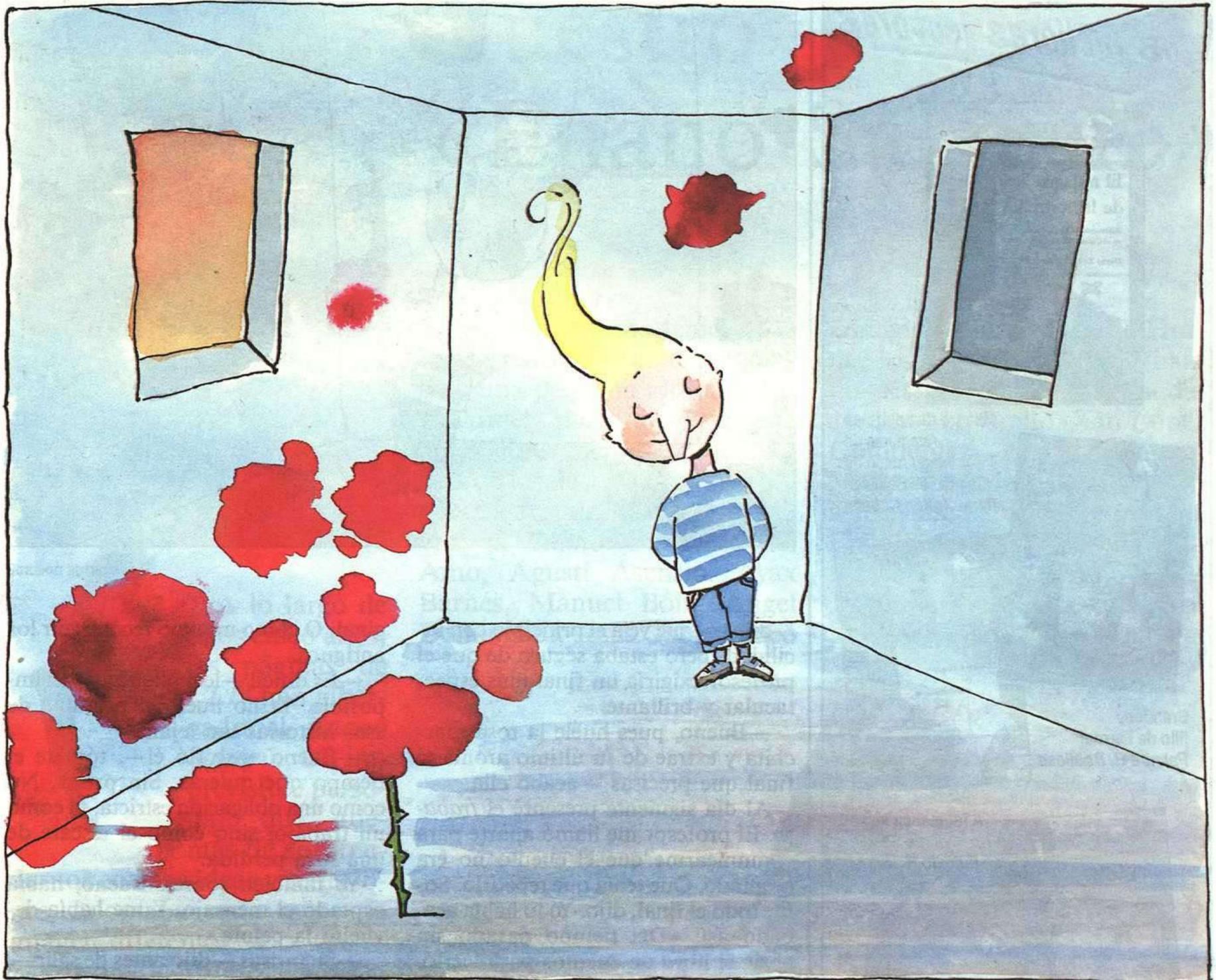
Pasado el primer momento de decepción, mi madre recuperó el ánimo.

—¡Vamos a recoger todos los fragmentos que podamos! —dijo.

Rescatamos un montón de trocitos. Aquella misma noche los miramos para ver si nos acordábamos a qué cuento pertenecían.

—¿Sabes qué ha pasado? —decía mi madre—. Que los cuentos son para contar en voz alta y éstos hacía demasiado tiempo que se habían quedado mudos y se han deshecho a migajas como un pastel olvidado.

Los fragmentos eran «Érase una vez...»; «El príncipe era valiente y la princesa muy bella...»; «El hermano pequeño era el más listo y por eso...»; «El bosque estaba lleno de peligros...»; «Las hermanastras eran muy malas...»; «... Y al bautizo de la niña



MONTSE GINESTA.

acudieron un hada y una bruja con sus dones...»; «... nadie conocía el secreto de la eterna juventud...»; y «Colorín, colorado, este cuento se ha acabado».

Y entre las páginas destruidas encontramos una rosa marchita y prensada, convertida ya en puro esqueleto de rosa, pero conservando todo su perfume.

—¿Qué hago? —pedía yo pensando en el *trabajo*.

—Puedes escribir el cuento de la rosa marchita —dijo mi madre—, de una rosa encerrada en un libro de cuentos que, cuando los cuentos desaparecen tragados por el olvido del tiempo, ella permanece inmóvil para seguir perfumando su recuerdo por todo el armario. Todos los fragmentos salvados conservan su perfume. Puedes escribir algo así como: «Érase una vez una rosa marchita que a través de los años y de las páginas ha-

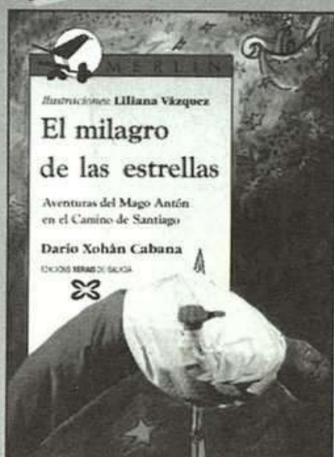
bía perfumado al príncipe valiente y a la princesa más bella, al hermano pequeño más espabilado de todos los cuentos, al bosque lleno de peligros, a las hermanastras a pesar de ser malas, al hada y a la bruja que acuden a los bautizos con sus dones..., a todos los personajes de los cuentos de siempre. Todos, gracias a la rosa, habían conservado un aroma de juventud. Y colorín, colorado...».

—Falta alguna cosa para el final



# MERLIN

Os mellores libros  
para  
os mellores lectores



**Milagre das estrelas**  
Aventuras do  
Mago Antón no  
Camiño de Santiago  
Darío Xohán Cabana



**Brandón,  
fillo de Ferreol**  
Palmira G. Boullosa



**A fantástica viaxe  
de Sabela**  
Euloxio R. Ruibal



**Os Mornias**  
Lola González

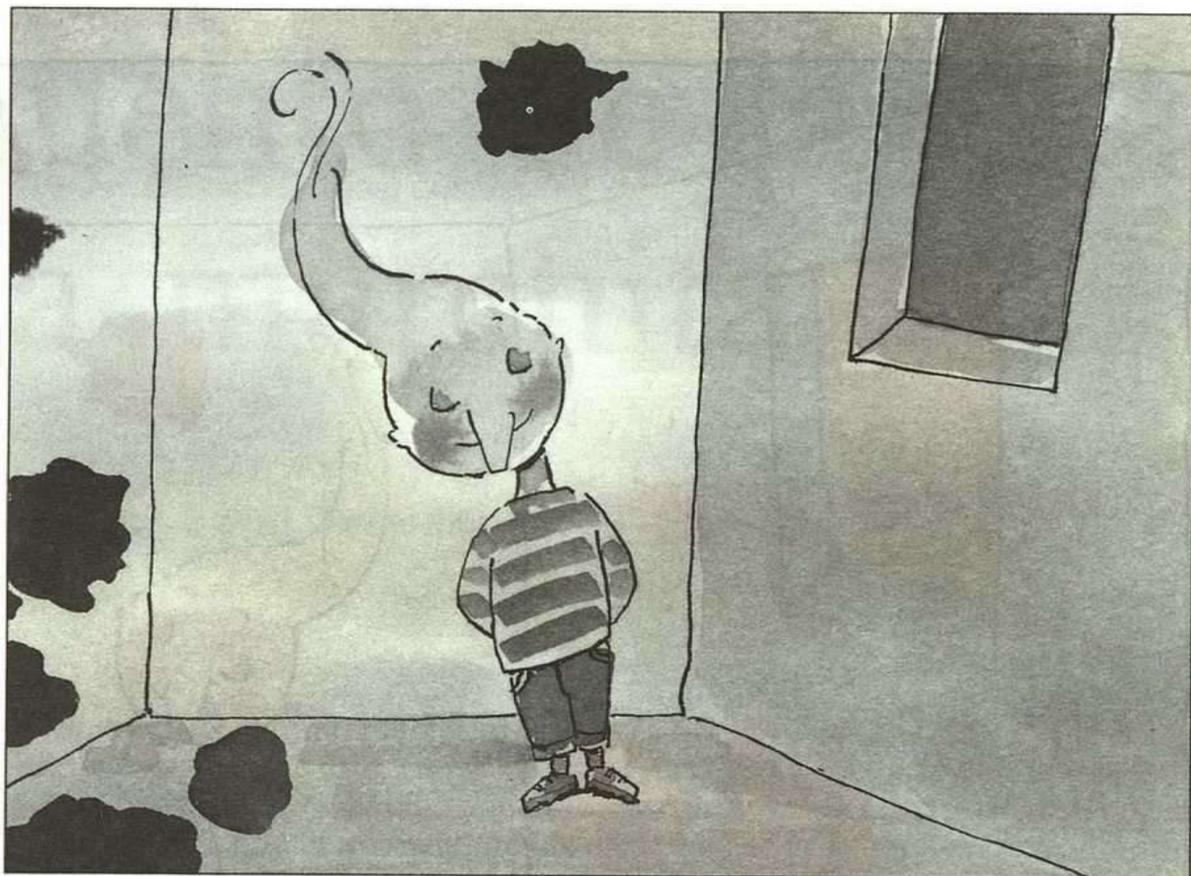


**As aventuras  
de Guaguau**  
Silvia Gaspar



Dr. Marañón, 12.  
Tif. 986.296116 - Fax: 986. 201366  
36211 - VIGO

# XERAIS



MONTSE GINESTA.

—dije yo, que veía el principio con facilidad, pero estaba seguro de que el profesor exigiría un final más espectacular y brillante.

—Bueno, pues huele la rosa marchita y extrae de su último aroma el final que precisas —acabó ella.

Al día siguiente presenté el *trabajo*. El profesor me llamó aparte para comunicarme que el cuento no era aceptado. Que tenía que repetirlo. Sobre todo el final, dijo. Yo lo había acabado así: «Del tiempo pasado sin abrir el libro de cuentos para leerlo, la rosa se había puesto mustia por falta de aire, no podía respirar encerrada en las páginas del libro. Sólo una voz podía darle vida, pero la voz tardaba demasiado en llegar. Sólo se salvaron, mutilados, un príncipe y una princesa, un hermano menor, un bosque peligroso, dos hermanastras, un hada y una bruja y el secreto indescifrable de la eterna juventud. Y la rosa, aplastada por la presión de las obligaciones y los trabajos».

—Con los elementos salvados de la asfixia —indicó el profesor— puedes construir un cuento nuevo y más ori-

ginal. O como mínimo reconstruir los antiguos.

—Es difícil —le repliqué—, casi imposible. Ya no huelo el perfume de esas historias tan lejanas.

—Bueno —se rió él—, tómate el tiempo que quieras. Sin prisas, No como una obligación estricta, ni como un trabajo, sino como el rescate de una rosa perdida.

Yo también sonreí. Bueno, había captado el mensaje. Y me había devuelto la pelota.

—Sin prisas —dijo antes de salir—, pero sin pausas. Un rescate también tiene algo de obligación moral y de urgencia.

Lo estropeó. Los profesores no pueden dejar de ser profesores. Como una rosa es una rosa es una rosa... ¡es una rosa!, según dice mi amiga Gertrudis Roca, una gran lectora y descubridora de libros por libre.

Bueno, algún día escribiré «El cuento de la rosa marchita». Seguro. E incluso puede que se lo dedique a Gertrudis, que sabe apreciar lo nuevo. Fin.